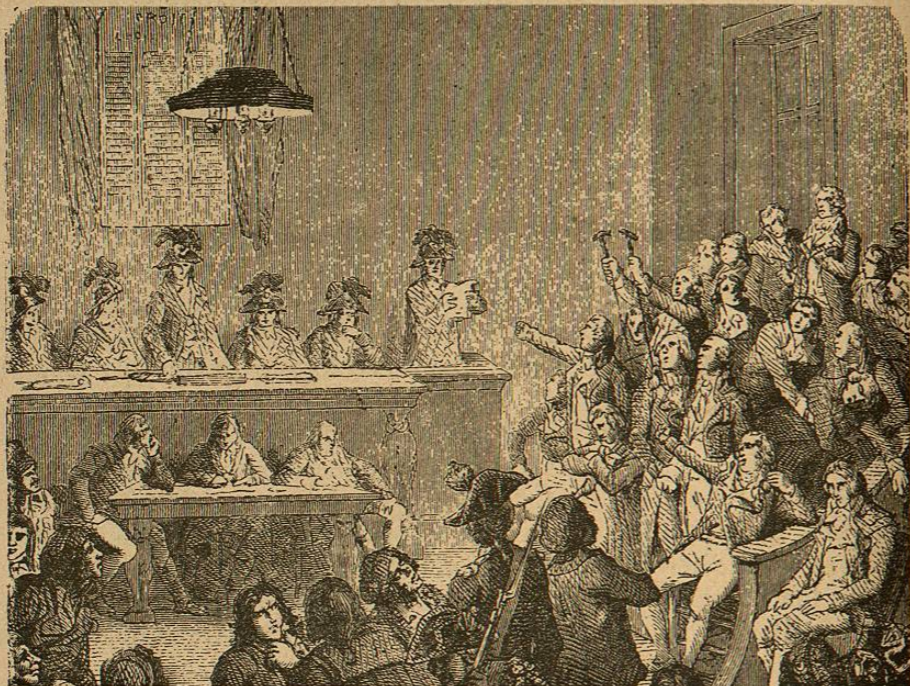


raba lo que eran los ejércitos de la República. No eran no, los del Imperio. Demasiado valerosos como eran no poseían habilidad para ejercitar maniobras. Eran capaces de un acto de increíble heroísmo, pero no podían ni sabían obedecer á planes complicados, muy fáciles de combinar en el gabinete, pero complejos cuando se trata de desarrollarlos sobre el terreno.

No hay que olvidar que el ejército austriaco, al que en tanto des-



Muchos miembros en pie, gritan: «¿y qué dice á todo esto el comité de Salud pública?» (Pág. 253)

precio se le tiene, estaba apoyado fuertemente por las poblaciones de la Alsacia. Su general Wurmser era del país y tenía gran arraigo. La brillante ofensiva tomada en Alemania por Hoche era mucho más fácil que rodear á un ejército tan aguerrido como el austriaco.

Hoche, detenido en su carrera triunfal, escribió una carta brutalmente furiosa, diciendo que rompería su espada y que regresaría á vender queso en la frutería de su tía.

Este lenguaje indignó al comité y separó á Hoche de su mando, alejándolo y dándole la jefatura de las fuerzas de Cannes.

A pesar de esta fatal injusticia y de tantas miserias se observa la grandeza de Francia en el 93; en Tolon, Dugommier realiza una brillantísima operación contra las fuerzas españolas; en los Pirineos el vie-

jo general Dagobert, audaz hasta la temeridad á los ochenta años de edad, venerado, adorado, muere en la victoria, pobre, enterrado á expensas de los soldados; Soubray, Milhaud, siempre avanzando, sable en mano, furiosos representantes de la Montaña, no ven más que al enemi-



Su desesperación, sus gritos, tocan una fibra sensible. (Pág. 279)

go, ignoran todas las intrigas, los movimientos del interior, cubriendo la Francia con sus cuerpos.

El Oeste, de Octubre á Diciembre presencié hechos verdaderamente heroicos. La fraternidad inquebrantable de Kleber y Marceau, que terminaron con la Vendée, sus sacrificios, sus peligros, todo parecía novelasco: «Combatamos juntos—decían—que juntos seremos guillotina- dos.»

El comité nombra general á Lechelle del que Kleber hizo el siguiente elogio: «Yo no ví jamás ni que fuera general ni soldado.» Lechelle, enfermo fué reemplazado por otro, Terreau, tan malo como él, pero entre los dos hubo un entreacto durante el cual Marceau, Kleber, Wermentan, dieron á la Vendée el espantable golpe de la victoria de Mans.

Herida de muerte la Vendée hundióse en Savenay. Entonces llegó Turreau el general del comité. Se habló contra Turreau y más de una vez hubo propósitos de conducir á Kleber á la guillotina.

La victoria puso á los vencedores en terrible situación. ¿Qué hacer de esta población que había pasado el Loira muriendo de hambre, de miseria y de enfermedades? La dificultad que se presentaba era aun mayor que la de Lion, en donde la inmensa mayoría de las víctimas se había fugado. Aunque se salvaran millares de soldados, gran número de vendeanos se agolparon en Nantes. Los decretos eran terminantes. Quien hubiese usado la escarapela blanca debía ser condenado á muerte.

La ocasión fué magnífica para intervenir en nombre de la humanidad.

El 29 de Noviembre Collot escribió á la Comuna de París: «Se prepara un movimiento favorable á la amnistía.» En la Convención había muchos hombres que deseaban el cumplimiento fatal de los decretos, como represalias á la matanza practicada por los realistas.

La situación tan peligrosa para la República creada por estos hechos fué origen para que Carrier, Collot y Freron en Nantes, Lion y Tolon ejecutaran la ley en todo su rigor.

Cometiéronse actos de inenarrable ferocidad.

El 13 de Diciembre fueron á llorar á la barra de la Convención, rogando por sus maridos y sus hijos. La gran voz del tiempo, el artista que anunció los grandes movimientos de la Revolución, Desmoulins, lanza el número 3 del *Vieux Cordelier*.

Desmoulins habla del terror en las épocas de Tiberio y Domiciano, que tienen un gran parecido con la nuestra.

Ronsin, el bárbaro ejecutor de los ametrallamientos de Lion, para responder á las acusaciones opone á la verdad la descarada audacia suya característica.

Habla contra el comité de Salud pública. Otro robespierrista, Lebon, se expresa en idéntica forma insolente contra el ministerio de la Guerra.

La actitud resuelta de los robespierristas contra los exagerados, permitía ir muy lejos en aquella tarea. Fabre de Eglantine pide el arresto inmediato de Vincent y otros añaden los nombres de Ronsin y Maillard. Se decreta así: «Añadid el nombre de Freron.» Al oír este nombre todo se detiene. El asunto es enviado prudentemente al comité de Seguridad.

La violencia de Bourdon traspasó los límites de lo conveniente. El 18 se recibe la noticia de la espantosa catástrofe de la Vendée y un robespierrista, Levasseur, que jamás habló más que para pronunciar toda clase de violencias, aventuró decir: «Hay un medio muy fácil para pacificar el país, y es decretando una amnistía para los vendeanos.»

Un hermano del representante Gauthier animó á cuatro patriotas de Lion para que fuesen á París á rogar por su infortunada ciudad. Gentes ignorantes que se dirigieron á un realista, quien les escribió un documento admirable. Era un representante joven llamado Fontanes, el hombre más prudente que se había visto. ¿Osó escribir acerca de un asunto tan peligroso sin tener la convicción de que estos hombres estaban apoyados por Robespierre? No lo creemos.

La Convención dió muestra de su aquiescencia nombrando presidente á Couthon, á pesar de acusarle de haber practicado actos humanitarios.

El mismo día 20 en que este informe fué acogido en la Asamblea Robespierre hizo declaraciones. Las mujeres de los prisioneros habían acudido nuevamente á la barra, en muchedumbre inmensa, impaciente. Robespierre portose hábilmente. Las recibió muy mal, las acusó en términos duros, diciendo que aquella manifestación tenía el aspecto de un acto organizado maliciosamente por la aristocracia. Pero cuando habló cuanto quiso del pérfido moderantismo, con los aplausos de la Convención, propuso precisamente lo que pedían las mujeres: «Que los dos comités nombrasen comisarios para buscar á los hombres que habían podido ser encarcelados.»

La cuestión fué votada con entusiasmo, con aplausos sinceros. Los nombres de los comisarios para evitar solicitudes debían permanecer desconocidos. Era fácil prever que estos misteriosos inquisidores de la clemencia se escogerían entre los jacobinos, bajo la influencia del único que podía hablar de clemencia, de moderantismo, de humanidad, sin que pudiera ser tachado de moderantista. ¡Enormes vuelos de su influencia! ¡El sólo tenía la llave de las prisiones!

Al día siguiente, 21 de Diciembre por la mañana, el librero Desenne tenía frente á su casa la larga cola de vendedores que esperaban la salida del *Vieux Cordelier*. Llegaron á pagarse los números á un luis. Leíase el ejemplar en las calles y hombres y mujeres lloraban de piedad. Se manifestaba con toda su impetuosa fuerza el corazón francés, impaciente cuando se trata de realizar actos que benefician á la humanidad, capaz de los mayores sacrificios. Salió de todos los pechos una divina fórmula: «¡El comité de la clemencia!»

En el *Vieux Cordelier* observábanse curiosas inconsecuencias: «¡No queremos amnistía!» Y poco después, en otro artículo: «Abrid las puertas á esos doscientos mil ciudadanos que llamáis sospechosos.»

¿Quién podía realmente hacerse dueño de este movimiento? Solo un hombre como Robespierre, á quien se adoraba de rodillas, quien fué

colocado á pesar suyo en el altar del dios omnisciente primero y después arrojado al ara del sacrificio.

Y ¿creéis que la extraordinaria influencia de Robespierre asusta á Desmoulins? No hay tal cosa. «Dichoso, querido Robespierre, que han logrado convertirte en objeto de religiosa adoración. Pero acuerdate, ¡oh viejo camarada! que los actos de clemencia son, como decía Tertuliano, la escala de la mentira, por la cual los miembros del comité han subido hasta las nubes.»



## CAPITULO II

### *Tentativas ineficaces para atajar el Terror y reducir el naciente sentimiento de monarquismo (Diciembre 93)*

Robespierre amenazado por Desmoulins se refugia en el Terror.—Ofrecen en vano los comités modificar el Terror.—Robespierre ordena el ataque contra Desmoulins y Philippeaux.

La lectura de aquel fatal número espantó tanto á Robespierre como la más enérgica denuncia de sus más encarnizados enemigos. El inocente Desmoulins, equivocando sus sentimientos, ahogado en sus propias lágrimas, propúsole lo más terrible, que fuera Dios. No vió que lo perdía.

Robespierre dió un salto enorme y se aseguró entre las filas de la izquierda, de los exaltados. Se confundió con sus enemigos antes que dejarse arrastrar por el vértigo de la popularidad, llevada al terreno peligrosísimo de las responsabilidades del gobierno.

No se podía disimular que al grito de «*abrid las puertas á los doscientos mil que llamáis sospechosos*» los patriotas que se habían jugado la vida por la República, no viesan ampararse bajo el cañón de Collot d'Herbois, á los aristócratas, llegar el *Terror blanco*.

Collot aparecía agrandado por sus amigos: «Ya está aquí el gigante»—decían.—¿A qué se debía este florecimiento de su popularidad, él que era tan pequeño?

Ante Robespierre, contra su religión puso otro dios, fetiche espantoso, la cabeza de Chalier, cabeza herida tres veces por el cuchillo del verdugo y el brazo girondino.

Ante él marchaba la leyenda espantosa de los prisioneros muertos en los Broxeeux.